

REFUZNIS

LOS QUE SE REHÚSAN A SERVIR EN
LA MÁQUINA DE GUERRA ISRAELÍ

Entrevistas del fotógrafo Martin Barzilai. Las entrevistas acompañaban originalmente a las fotos que se pueden ver en <http://www.martin-barzilai.com>. Los dibujos son de Ericca y están basados en las fotos.

Bardo ediciones, septiembre de 2010

bardoediciones.net

bardo@riseup.net | Ateneu Llibertari del Casc Antic
(Bardo), Fonollars 15, 08003 Barcelona

Se permite y se alienta la reproducción total o parcial de este libro. En la página web de la editorial se puede descargar en pdf .

Este libro es gratis para presos/as y bibliotecas sociales. Para recibir una copia, ponerse en contacto con la editorial.

NOTA DE LA EDITORIAL

A partir de 1967 y a raíz de la «victoria» militar contra los países árabes circundantes, tras la llamada Guerra de los Seis Días, Israel ocupó lo que se conoce como Cisjordania y la Franja de Gaza, territorios históricos de Palestina, así como también la península del Sinaí¹ (Egipto) y los Altos del Golán.²

Desde entonces los palestinos sufren una agresión constante por parte del ejército y los colonos israelíes. Estos últimos progresivamente han ido ocupando terrenos que pertenecían a los palestinos, incluidos campos y zonas de cultivo, y han ido aumentando el número de asentamientos. Hoy en día son cientos de miles.

Los militares cumplen una triple función en la zona: controlar el terreno anexado, supervisar el «bienestar» de los colonos y evitar que los palestinos entren fácilmente en territorio israelí. Para eso se sirven de los más sofisticados métodos de control de la población —de hecho, Israel es el principal exportador de este tipo de máquinas, armas y tecnologías: todo tipo de videovigilancia; puestos de control de personas y transportes; aviones de vigilancia no tripulados; detectores de calor humano;

5

1. Israel devolvió el Sinaí a Egipto como parte de los acuerdos de paz de Camp David en 1982.

2. Meseta ubicada en la frontera entre Israel, Palestina, Líbano, Jordania y Siria. Desde 1981 forma oficialmente parte de Israel.

vallas electrificadas—. El muro que no para de crecer³ y que separa Cisjordania de Israel es custodiado por un ejército permanente de centenares de miles de personas, entre activos y reservistas.

Las entrevistas aquí recopiladas son diferentes entre sí. Las razones por las que los entrevistados se niegan a servir como agentes represores en los territorios ocupados, también.

6 Lo importante es ver como estos jóvenes, muchas veces sin experiencia política y sin cómplices en su entorno cotidiano, deciden, la mayoría de las veces en contra de los deseos de su familia y a una edad muy temprana, negarse a participar de la «máquina de guerra» israelí; un Estado militar —y de los más militarizados del mundo— en una situación de guerra constante, alimentada por las élites del poder y sus medios (partidos, medios de comunicación, etc.) y con una necesidad insaciable de mano de obra y recursos de todo tipo.

Estos jóvenes, hombres y mujeres, son enviados a «morir por Israel», aunque en la práctica sería más exacto decir que van a matar, humillar y torturar por los intereses del Estado a una población entera, niños y niñas incluidos.

Muchas de las historias de estos jóvenes que aparecen aquí recopiladas pueden parecer «no muy políticas» y hasta ingenuas, con planteamientos a veces absurdos y hasta contradictorios para alguien que se niega a participar en el ejército,⁴ pero no dejan

3. Construido en Cisjordania de norte a sur y cruzando una parte de Jerusalén; cuando este muro-valla esté terminado medirá 700 kilómetros de largo y entre 50 y 100 metros de ancho.

4. Como ejemplos, un joven dice que la educación y todo el sistema «nos hace pensar que tenemos que defender a nuestro país pero es una increíble mentira: en realidad,

de ser valientes. Sus testimonios nos sirven para ver como son engañados desde pequeños y como el Estado directamente silencia una parte importante de la historia y de la realidad.

A treinta kilómetros de Tel Aviv está la ciudad palestina de Bilín, donde cada semana hay protestas contra la ocupación, y a pocos kilómetros del centro de Jerusalén se erige el muro que segrega a parte de la población. Estos jóvenes *refuzniks*, de diferente manera y por diferentes razones, se han hecho conscientes de esta realidad que el Estado y la sociedad de Israel intentan ocultar.

nuestra posición es de ataque» y en el siguiente párrafo afirma que «cada país tiene derecho a defenderse pero no a atacar a civiles»; o una chica que afirma ingenuamente: «No creo que la violencia sea la solución. Pienso que debemos defendernos pero respetando los derechos humanos», u otra que piensa que «la fuerza es una solución a corto pero no a largo plazo» con respecto a sus motivos para no hacer el servicio militar.

INTRODUCCIÓN

Nuestra intención es hablar de la ocupación de los territorios palestinos y dar a conocer a los que se oponen a ella desde el lado israelí: jóvenes que van a la cárcel por no hacer el servicio militar, reservistas que no quieren combatir...

Viajamos para conocerlos en julio del 2008. Los clichés, los prejuicios se fueron deshaciendo uno tras otro. Nos hospedaron en un barrio popular de Tel Aviv, cerca de la estación central de autobuses. Es verdad que ésta es una ciudad rica y muy occidentalizada, con edificios y hoteles de lujo, pero también existen barrios pobres donde viven principalmente inmigrantes sin papeles y judíos sefardíes.

Bajo un sol de plomo, recorrimos las calles de cita en cita, de entrevista en entrevista. Los israelíes que rechazan al ejército tienen, por lo general, una agenda muy cargada. Entre las actividades militantes, el trabajo y la vida familiar, lograron sin embargo quedar con nosotros y dedicarnos un tiempo. Cada vez que pedíamos una entrevista la respuesta era positiva; a menudo, las conversaciones, animadas y apasionadas. Para los que rechazan ir al ejército, la necesidad de exponer sus ideas al mundo es algo fundamental, urgente. Me impresionan, sobre todo los jóvenes; adolescentes que decidieron ir a la cárcel por sus ideas. Nunca tuve ganas de ser un mártir y su discurso me reafirma en mis convicciones.

Mientras nosotros entrevistábamos en Tel Aviv, en Cisjordania, en el pueblo de Ni'ilin, el 29 de julio

del 2008, Ahmed Mousa, un niño de diez años era asesinado por un soldado israelí de un balazo en la cabeza. Al día siguiente, en su funeral, Youssef Amireh, de diecisiete años, también era asesinado por el ejército de ocupación. Conmocionados, seguimos entrevistando.

Israel tiene el récord mundial de gasto en armamento por habitante: 1.429 dólares (según el diario suizo *Le temps*). Las Fuerzas de Defensa de Israel, *Tzáhal*, cuentan con 186.500 soldados y pueden movilizar a 445.000 reservistas.

10 En el 2009 regreso a Israel para volver a ver a los *refuzniks* que ya conozco e intentar encontrar a otros. Retomo el contacto con estos adolescentes que crecieron, la experiencia carcelaria a flor de piel; están contentos de que haya vuelto. «Los europeos vienen, hacen entrevistas, nos sacan fotos, pero pocas veces vuelven.» Están todavía impactados por la masacre de Gaza, en diciembre del 2008, y la mayoría piensa irse del país: «No soporto más vivir aquí». Los otros se quedan «porque hay que seguir luchando».

¿Quiénes son los refuzniks?

Los *refuzniks* israelíes no quieren incorporarse al ejército. Por razones diferentes según los individuos, rechazan lo que, sin embargo, parece ser una etapa obligatoria en una sociedad tan militarizada. Desde la infancia hasta la adolescencia, en la escuela y en el instituto, los israelíes reciben en sus clases a militares que les explican el papel y la importancia del ejército. En casi todos los trabajos, en la universidad, se les pregunta qué hicieron en el ejército.

Hoy en día, la mitad de los israelíes hacen el servicio militar a los dieciocho (durante tres años, los hombres; dos, las mujeres). Para los árabes israelíes (un 18% de la población) y los judíos *haredim* (que

se dedican a estudios religiosos), el servicio militar no es obligatorio.

Si un joven decide no ir al ejército y no quiere hacerse pasar por enfermo mental, le quedan dos soluciones. Puede declararse pacifista. En ese caso tendrá que comparecer ante una comisión que decidirá si tiene derecho a no hacer el servicio. Estos objetores de conciencia deberán demostrar, con testigos, que no soportan la violencia. Si la comisión decide que no son lo suficientemente pacifistas, pueden acabar en la cárcel. Pero si el joven les convence, su destino será distinto en función de si es hombre o mujer. Los varones son enviados a tratamiento psiquiátrico y las mujeres tienen la posibilidad de realizar un servicio civil. Ellas también pueden evitar la incorporación a filas si están casadas, embarazadas o si son religiosas, alternativa, esta última, que muchas eligen. Eso sí, si se declaran religiosas practicantes, el ejército se reserva el derecho de inspeccionar sus casas para comprobarlo.

11

Las denuncias colectivas de los *shministim*

Existe, sin embargo, otra opción, más radical, que consiste en rechazar al ejército para manifestar el desacuerdo con la ocupación de los territorios palestinos. Estos jóvenes *refuzniks* son llamados *shministim*. Normalmente se agrupan antes de ser incorporados para redactar una carta colectiva destinada a la prensa y a la jefatura del ejército, en la que denuncian la política del Estado de Israel en Palestina. Esa carta también es firmada por sus simpatizantes, enviada a los medios y publicada.

Estos adolescentes irán a la cárcel militar donde permanecerán entre dos meses y dos años, según los casos. Y la mayoría no es consciente de lo que eso significa.

También existen israelíes que no quieren servir al ejército únicamente en los territorios palestinos y otros que, después de haber realizado el servicio militar, no quieren formar parte de la reserva. Encontramos además otros casos de rechazo en los cuales no habíamos pensado. Como Margarida, de origen brasileño, que quiso abandonar el ejército porque la había alejado de su familia: la situación la llevó a un intento de suicidio. Esta joven no es un caso aislado, más del 40% de los israelíes no termina el servicio.¹

Giyora Neumann, de 55 años, es el *refuznik* más veterano. En el 2008 intentamos contactar con él, pero no lo logramos. Un año después consigo una cita. Estamos en su oficina, no muy lejos de la playa de Tel Aviv, y yo acabo de volver de una manifestación contra el muro en el pueblo de Bilín, en Cisjordania. Allí tuve la mala idea de hacerme mojar por el carro lanza-agua del ejército. El líquido deja un horrible olor sobre la piel y la ropa, que dura varios días. Pido disculpas a Giyora por lo desagradable del hedor.: «¡Ah! ¡Al contrario, vuelves del frente, no tienes que disculparte!». Hablamos. Nos despedimos; unos jóvenes israelíes juegan al voleibol mientras un avión del ejército sobrevuela la playa.

Los israelíes que rechazan la ocupación de los territorios palestinos son una minoría. Los otros parecen vivir en la indiferencia. Es casi insoportable para mí. No puedo imaginar lo que sienten los que nacieron en este sitio y hoy, a pesar de la educación militarista que recibieron, se rebelan en contra de la política expansionista de su país.

Los testimonios aquí publicados son de *shministim*, pacifistas, rescatados de un suicidio, reformados... Gente diferente con un punto en común, el rechazo al ejército en un país donde la propaganda de Estado presiona al individuo con tanta fuerza

1. Fuente: newprofile.org

que es necesario un carácter especial para resistirlo. Las entrevistas fueron realizadas en julio del 2008 y julio del 2009.

En el caso de los *shministim* que estuvieron en la cárcel entre esas dos fechas —y que pude entrevistar dos veces—, elegí transcribir lo que me dijeron en orden cronológico, antes y después de pasar por la cárcel.



Yuval, 20 años, estudiante, Tel Aviv

[2008]

Mis familiares no quieren que vaya a la cárcel, tienen miedo y argumentan que mi acción no tendrá el impacto mediático esperado. Decidí no ir al ejército a finales del año pasado y opté por la cárcel para protestar contra la ocupación.

Crecí en Neve Shalom, un pueblo cerca de Jerusalén y uno de los únicos lugares de Israel donde palestinos y judíos conviven con una buena relación. Decidí rechazar públicamente al ejército por lo que veo en los territorios ocupados. Seguramente porque mi familia está en contra, hubo muchas conversaciones animadas sobre este tema en mi casa. Pero, en general, es un tema tabú.

Pienso que como somos muchos los que hemos tomado esta decisión se va a hablar de nosotros obligatoriamente. La mayoría de mis amigos piensa que estoy equivocado, pero algunos me respetan y otros me da la sensación de que envidian mi coraje. La mayor parte de ellos está en el ejército en la actualidad.

[2009]

Estuve tres veces en la cárcel militar y, en total, me quedé dos meses. Estaba solo, no conocía a nadie, y fue especialmente difícil porque coincidió con el final del ataque contra Gaza. La gente, en la cárcel, se ponía contenta cuando los palestinos morían. Me

sentí muy incomprendido. A veces hablaba del tema con otros presos pero no muy a menudo. No estoy seguro de que tuvieran en cuenta lo que les decía. La mayoría de veces, me daba la impresión de que no servía de nada.

Trabajé en la cocina y cualquier pequeño robo se convertía en una gran victoria sobre la autoridad.

Estoy contento de haber pasado por esa experiencia pero no estoy seguro de querer repetirla. No hice nada malo y, sin embargo, recibí un castigo. No creo que me lo mereciera. De alguna manera, aceptar ir a cárcel es hacerle el juego al ejército. Está claro que utilizamos la cárcel para que hablen de la ocupación de los territorios, y es una buena manera de luchar pero quizás haya otras mejores.



Uri, 26 años, profesor de matemáticas, Haifa

Cuando iba al instituto, empecé a entender que lo que enseñaban en la escuela era parcial. Me interesé por la política y me posicioné en contra de la ocupación de los territorios palestinos. Pero no lo relacioné con el ejército porque nuestra sociedad está muy militarizada. Fue a los 17 años, por primera vez, cuando me cuestioné el hecho de hacer el servicio militar. Y, con mis padres, fue un problema. Son sionistas y patriotas, e intentaron convencerme de que era una mala elección para mi futuro, para mis oportunidades laborales. Hasta hicieron venir a primos lejanos que casi no conocía y que tenían puestos importantes en el ejército para convencerme. Pero no funcionó. Cuando vieron que no podían hacer nada, me apoyaron en mi decisión; en el fondo, ellos me habían dado una educación muy humanista.

En ese momento, no conocía a nadie que no quiera hacer el servicio militar. Estaba solo y, aunque estaba acostumbrado a esa soledad por mis opiniones políticas, no sabía lo que tenía que hacer. No era consciente de que existía la posibilidad de expresar públicamente tu desacuerdo con la ocupación e ir a la cárcel. Finalmente, fui exonerado por razones psiquiátricas.



Tamar, 20 años, estudiante, Tel Aviv

[2008]

Soy pacifista, siempre he odiado todo tipo de violencia. Hubiera podido elegir no ir a la cárcel, pero decidí dar a conocer mi opinión.

18 El ejército me convocó, por primera vez, a los 16 años y me encontré en un campo militar. Es ahí donde empecé a cuestionarlo. A los 17, entendí que no quería ir pero no sabía cómo podía negarme. Cuando llegué a Tel Aviv para estudiar, conocí a nuevas personas y me di cuenta de que no era tan complicado. Para declarar públicamente que estamos en contra de la ocupación nos organizamos. Sabemos que vamos a ir a la cárcel. Y las emociones que siento con esa idea son diversas: estoy asustada y llena de esperanza al mismo tiempo. Anhele que las cosas cambien en este país. Y sabemos que nos apoyarán desde fuera.

Para mí lo más importante es que la gente oiga nuestra voz, que sepan que no es «obligatorio» hacer el servicio militar, que es posible cuestionar ese tabú. Para nosotros, ir al ejército no es tomar responsabilidades, sino lo contrario.

[2009]

Estuve tres veces en la cárcel militar y, en total, me quedé allí tres meses. La última estadía fue en régimen de aislamiento. Más o menos, lo decidí así porque estaba cansada de la manera en que nos trataban los carceleros y el ejército en general.

Habían liberado a dos amigas mías e intenté convencerlos de que me liberaran a mí también pero me mandaron al psiquiatra. Entendí que la única manera de salir de ahí era admitir que tenía problemas de salud mental. En la tercera estadía, no quise hablar con nadie. Me negaba a llevar el uniforme. Pienso que al final me liberaron porque entendieron que no lograrían convencerme y que podía volverme peligrosa. No se cómo sobreviví esas tres semanas en aislamiento pero estoy orgullosa de ello.

Eso me hizo entender que esta sociedad no está lista para aceptarnos y que hará todo lo posible para intentar quebrarnos. También me di cuenta de que era imposible cambiar las cosas desde dentro. En la cárcel conocí a muchas chicas pobres en situaciones muy difíciles y, sin embargo, con opiniones de derechas y, a veces, actitudes racistas. La mayoría de ellas pensaba que estábamos locas.

Uno de mis mejores recuerdos de la cárcel fue cuando recibimos un artículo muy bueno que publicaron sobre nosotros en *Yediot Abaronot*.² Estábamos muy contentas de poder leerlo, sobre todo porque hasta ese momento las notas de prensa manipulaban lo que habíamos dicho o eran muy críticas con nuestra actitud. El periodista de *Yediot Abaronot* nos presentó como personas desconectadas de la sociedad, sí, pero con un buen fondo.

No me arrepiento ni un segundo de haber rechazado al ejército y acabado en la cárcel. Y no quedé traumatizada por la experiencia. Pienso que la molestia de la cárcel es nimia al lado de lo que realizamos pública y personalmente. Si hubiera elegido otra vía, seguramente estaría avergonzada.

A mi familia no le gustó nada mi decisión. Intentaron apoyarme, pero yo me daba cuenta de que, en el fondo, pensaban que estaba equivocada. No logré hacerlos cambiar de opinión.

2. Periódico israelí [N. del E.]

Después de la cárcel, me invitaron a Inglaterra para hablar del movimiento de los *refuzniks*. Hablé en diez universidades un mes después del ataque a Gaza. La gente estaba muy interesada en ello y me hacían muchas preguntas, pero tenían una concepción errónea de lo que pasa en Israel. Les expliqué que era muy importante contactar con los que estamos en contra de la ocupación del lado israelí. Me sorprendí de que se preocuparan tanto de Palestina.

Aprendí mucho durante ese año. Ahora, creo que necesito descansar, divertirme y hacer lo que me apetezca.



Raz, 19 años, Tel Aviv

Cuando tenía 15 años, vivía en un barrio de clase media entre Tel Aviv y Haifa, en Givat-Ada. No sabía nada de los palestinos. Vivía como en una burbuja y pensaba como mis padres, que son sionistas de izquierdas. Ese verano fui de vacaciones a un campo ecologista donde me encontré con gente de extrema izquierda. Con ellos hablé de Palestina y de la ocupación, pero el golpe vino cuando fui a visitar el muro. Después de mi primera visita a los territorios, vi muy claramente que la ocupación no existe por «razones de seguridad»: cada vez hay más espacios para los colonos y menos para los palestinos. Sentí que me habían mentido. Mi cabeza todavía no había asimilado del todo el discurso repleto de excusas que los israelíes despliegan constantemente. Piensan que para sobrevivir deben jugar la carta del nacionalismo. Y el sionismo los lleva al racismo. Tendrían que construir un país con los palestinos pero, en vez de eso, los colonizan y se ponen anteojeras para no verlos.

Empecé a faltar a la escuela y a repartir folletos para apoyar a los *refuzniks*. Para mí era una situación de emergencia: los palestinos estaban sufriendo.

En 2008 fuimos siete personas a la cárcel por rechazar al ejército y a la ocupación militar en Palestina. No nos conocíamos y nuestro proceso de reclusión fue muy rápido. Uno de nosotros fue entrevistado y el artículo que salió publicado daba una imagen

muy negativa de los *refuzniks*. Dos días más tarde, la policía fue a buscarlo a su casa. Cuando pensábamos que todavía nos quedaban 45 días de libertad antes del ingreso a la cárcel, tuvimos que cambiar todos nuestros planes para preparar las manifestaciones y el comunicado. Por suerte, más tarde publicaron un artículo muy bueno en un diario conocido, en el cual afirmaban que éramos buena gente y que nos comportábamos así por razones ideológicas. Después de ese artículo, muchos amigos de mis padres los llamaron.

En cuanto a la cárcel, sabía que sería bastante fuerte y que mi actitud debía ser la de reírme de todo. Fue una gran experiencia de la cual aprendí mucho y que me hizo crecer. En comparación con las otras presas, sentí que tenía mucha suerte. Mi único problema era estar en la cárcel, mientras que las otras reclusas tenían también problemas familiares y muchas veces económicos. También en el ejército son las personas más pobres las que más sufren. Les asignan los trabajos más ingratos y los bajos salarios no les permiten mandar dinero a sus familiares.

En total pasé cuatro meses en la cárcel militar y mi estadía más larga fue de treinta días. Al principio recibimos mucho apoyo y multitud de cartas, pero después fue deprimente darse cuenta de que la gente seguía viviendo su vida. Me sentí sola. Y a pesar de que muchas veces me juntaba con otra *refuznik*, el poder de los guardias sobre nosotras nos hizo sufrir de verdad. Te pueden sacar el tabaco, anular tus visitas o tus llamadas telefónicas. Después de pasar un día entero ahí se te olvida el motivo por el que entraste y tienes que recordártelo constantemente. Aun así, nunca fui obediente. Cuando me liberaron definitivamente, en marzo del 2009, no sabía qué hacer. Fue una sensación extraña.

Mi padre fue al ejército, sirvió en la guerra del Líbano y deseaba que yo siguiera esa tradición familiar.

Al principio de mi compromiso político, ellos pensaban que yo era proárabe y eso provocaba conflictivas discusiones en mi casa. Pero poco a poco fueron entendiendo algunas cosas. Me apoyaron cuando estaba encerrada y en la actualidad están realmente muy involucrados en la lucha. Y puedo decir que ha sido gracias a mí.



Or Bendavid, 19 años, Tel Aviv

24

Cuando era una niña estaba segura de que de mayor serviría en una unidad de combate. Crecí en una familia israelí muy sionista. Era muy difícil darse cuenta de que había algo negativo en el ejército.

Mi padre es de origen marroquí y mi madre húngara. Para ellos la cosa no fue fácil en su época. Los askenazíes se casaban muy poco con los sefardíes.³ Y por mi origen marroquí, aún hoy siento que la gente es racista; menos que en el pasado pero todavía se dan esas actitudes.

Me volví vegana a los 14 años. Y eso me hizo encontrarme con gente de izquierdas. Un verano me fui a un campo de vacaciones alternativo donde aprendí mucho. Cuando volví decidí seguir aprendiendo, especialmente sobre los palestinos.

Por todo lo que me habían enseñado desde la niñez, para mí fue una época difícil. Cuando me enteré de que habían manifestaciones en contra del muro todos los viernes en Bilín, Cisjordania, me dieron ganas de ir. Pero me llevó tiempo tomar la decisión, tenía miedo. Me costaba creerlo y era muy importante para mí comprobarlo con mis propios ojos. Eso me permitió confirmar que el ejército no era lo que pensaba; no era necesariamente algo «bueno». Fue la primera vez que me encontré con palestinos que vivían bajo con-

3. Los askenazíes los judíos procedentes de Europa y los sefardíes del norte de África y Oriente Próximo.

trol militar. Antes de ir a Bilín me daban miedo. Pero el hecho de ver a gente que conocía hablando con ellos me hizo tranquilizarme. Ya no les tengo miedo. Aquella manifestación fue como una señal que me hizo entender que no debía ir al ejército. Poco a poco, esa convicción se volvió más y más fuerte.

Volví a Bilín todos los viernes durante un año sin decírselo a mis padres. Todo lo que saben de esas manifestaciones es lo que dicen los medios israelíes. Es decir, cualquier cosa. Para ellos todos son antisemitas y todos tiran piedras contra los soldados.

Por otra parte, me encontré con algunos *refuzniks*. Y hablamos mucho sobre la decisión de ir a la cárcel. Les pregunté mucho sobre lo que pasa allí y me hablaron tanto de las cosas negativas como de las cosas positivas. Ahora, estoy convencida de que es lo mejor que puede hacerse. Me parecería estúpido por mi parte mentir alegando que soy religiosa.

25

Iré a la cárcel en octubre del 2009. Y me da miedo, especialmente por la atmósfera de violencia que debe respirarse adentro; pienso que estaré consternada como la primera vez que me detuvieron en una manifestación.

Hace dos años que intento decirle a mis padres que no iré al ejército. Pero no quieren escucharme. Y no se dan cuenta de que voy a ir a la cárcel. Sin embargo mis hermanos sí me han entendido. Somos una familia de seis hijos. Y hay dos gemelos. Mi hermano mayor hizo el servicio militar en una unidad de combate y nos contaba historias de tortura, de asesinatos. Yo tenía miedo de él porque sabía que hacía cosas horribles. Mientras estuvo dentro del ejército, hablaba de manera violenta. Sé que en realidad fue un momento difícil para él, pero intentaba esconderlo.

Ahora, uno de los gemelos con quien tengo una muy buena relación desde siempre acaba de pedir un adelanto de su servicio militar y se ha ido por un

año; quiere combatir. Intenté convencerle pero no lo logré. Creo que verme en la cárcel puede llevarlo a entender algunas cosas.



Omer, 20 años, estudiante

[2008]

Los jóvenes de hoy tienen que conocer la situación de los palestinos para poder elegir. Es por esta razón —hacer abrir los ojos a los demás— que tomamos la decisión de ir a la cárcel. Mi padre es un general importante; fue vicepresidente del Mossad. Y, evidentemente, estamos enfrentados: me dijo que vendría a la cárcel a tirarme cacahuetes.

27

Desde siempre anhelé la paz y cuando llegué al instituto empecé a interesarme por la política, a participar en obras de teatro en contra de la guerra... Creo que tuve suerte: simplemente abrí los ojos. Y todo el mundo puede hacerlo. Por eso no odio a los soldados, pienso que son víctimas de un lavado de cerebro. La educación, y todo el sistema en general, nos hace pensar que tenemos que defender a nuestro país pero es una increíble mentira: en realidad, nuestra posición es de ataque. Pero en Israel el sistema del ejército funciona muy bien: no deja tiempo para la reflexión.

No soy pacifista. Pienso que cada país tiene derecho a defenderse pero no a atacar a civiles.

Lo que más me preocupa es que mi generación ha crecido durante la ocupación y para la gente de mi edad es algo normal. Nos educan para odiar y controlar a los palestinos.

Por suerte, aunque vaya a la cárcel, sé que habrá mucha gente apoyándonos. Al principio, esta op-

ción me parecía divertida, pero después de hablar con una mujer que había sido reclusa, me di cuenta de que no podría hacer muchas cosas que parecen simples, como ir a la playa.

[2009]

Mi caso fue muy mediático. Fui la que tuvo más suerte de todos mis compañeros. En total, pasé dos meses en la cárcel militar. Pero mi estadía allí no fue algo fácil. Perdí cinco kilos y también parte de mi pelo.

Cuando llegué a la cárcel pensaba que iba a poder hablar con las otras reclusas de la ocupación de los territorios palestinos. Pero es muy difícil, cada una de las chicas que están ahí dentro tienen historias de vida terribles. No había ninguna criminal. Y con ellas pude hablar de desigualdad social y de feminismo, pero no de la ocupación.

28

La primera semana estuve sola y, paradójicamente, fue fácil, hasta en los momentos en que tuve miedo. Me obligaron a cortarme el pelo. Y cuando llegaron mis amigas, decidí hacer el payaso para relajarlas.

Todo es estúpido dentro de la cárcel. Por ejemplo, me metieron en aislamiento durante algunas horas porque gritaba mi nombre demasiado fuerte cuando me llamaban. Si no decíamos nuestros nombres con energía empezaban a pasar lista de nuevo y nadie podía irse a dormir. Ocupaban nuestro tiempo de maneras totalmente idiotas. Teníamos que limpiar una línea blanca pintada delante de nuestras celdas varias veces al día.

Cuando estás encerrada no ves el cielo. Pero las manifestaciones frente a la cárcel eran geniales. Llevaban un *sound system* con el que pasaban música que nos gustaba. Eso nos recordaba que había gente con nosotras. Las otras chicas se sorprendían al saber que recibíamos ese apoyo. Mi padre se fue del país mientras yo estuve en la cárcel. No me vino a visitar.



Neta Kedem, 18 años, estudiante, Haifa

Recibí una educación muy sionista. Pero a los 15 años, navegando por Internet, descubrí qué era la ocupación de los territorios palestinos y cómo el Estado israelí no respetaba los derechos humanos. Al año siguiente entré en las Juventudes Comunistas y decidí que no iba a presentarme al servicio militar. Antes de la primera entrevista para incorporarme, sabía que tenía varias posibilidades. Podía mentir y decir que tenía problemas psicológicos; podía argumentar que era religioso o pacifista y pasar delante de una comisión o desvelar la verdad e ir a la cárcel. Muchos amigos míos de diferentes movimientos políticos no hacen el servicio militar y les pedí que me aconsejaran. Me sugirieron que no fuera a la cárcel porque allí uno está desmovilizado, no puede luchar. De todas maneras elegí esa opción porque creo que la gente tiene que saber. Por eso intento atender a todas las entrevistas.

29

El ejército israelí viola los derechos humanos y comete crímenes de guerra. No es algo positivo para ninguna de las dos naciones. La gente que vive bajo la ocupación se radicaliza y con esta política los combates sólo pueden aumentar. El discurso del ejército, que tiene mucho impacto en la sociedad israelí, hace creer a toda la población que los problemas sólo pueden resolverse por la fuerza.

En mi familia, todo el mundo ha hecho el servicio militar y fue muy difícil para todos ellos aceptar mi

decisión. Mi madre se quedó muy conmovida. Tengo tres hermanas y hermanos. Dos de ellos están incorporados a filas en este momento e intento no hablar del tema con ellos cuando coincidimos.

La sociedad israelí está muy militarizada. Nos hacen un verdadero lavado de cerebro. Hay que ser muy fuerte para conservar tus convicciones. En la escuela, los niños tienen que mandar cartas y caramelos a los soldados. En el instituto, hay clases específicas para preparar la instrucción militar. Durante una de esas clases, hice público que iba a rechazar al ejército y provoqué grandes discusiones. La mayoría se sorprendió mucho de mi opción y no les gustó, pero un pequeño grupo se interesó. Era la primera vez que escuchaban algo así y algunos de ellos empezaron a venir a las reuniones de las Juventudes Comunistas.

30

Tengo miedo de ir a la cárcel. No sé exactamente lo que me va pasar ni cuánto tiempo voy a pasar allí. Pero sé que mis amigos me van a apoyar y conozco las condiciones de detención porque he hablado con otros los que ya han pasado por ello. Después de la cárcel, realizaré algún servicio civil y me dedicaré a estudiar matemáticas.



Naomi, 20 años, estudiante

[2008]

Todo empezó cuando comenzaron a construir el muro, en el año 2003. En ese momento tomé conciencia de algunos problemas. Y hace cuatro años asistí a un seminario de la asociación New Profile que lucha en contra de la militarización de la sociedad israelí. Tenía 15 años y entré en el colectivo de apoyo a los *refuzniks*. Nuestra tarea consistía en que no se olvidara a los que iban a la cárcel.

Hace dos años, rechacé el servicio militar porque estoy en contra de la ocupación. No solamente los palestinos sufren por la militarización de nuestra sociedad. Somos un país muy pequeño y tenemos uno de los ejércitos más importantes del mundo. El dinero que se invierte en defensa no se invierte en otras cosas, como por ejemplo en educación.

Sigo formando parte de New Profile e intento ayudar a la gente que quiere salir del ejército. El hecho de no haberme incorporado a filas me resultó problemático para encontrar trabajo. Conseguí empleo en una librería pero cuando vieron que no había ido al ejército, cambiaron de opinión.

[2009]

A raíz de la aparición de una misteriosa página web en la que se explicaban todos los trucos para poder ser considerado *no apto* por razones psiquiátricas, New Profile ha tenido algunos problemas este año.

La asociación ayuda cada vez a más personas que no quieren incorporarse al ejército, porque hay cada vez más gente que no desea hacerlo. Actuamos de manera legal. Pero el hecho de que tengamos cada vez más trabajo irrita al ejército.

El Estado nos acusó de haber creado esa página pero nadie sabe quién la hizo. Citaron a seis de nosotros para interrogarlos. Después allanaron tres casas de integrantes de New Profile. La investigación continúa y, por ahora, no sabemos nada, pero el balance es más bien positivo porque se han escrito artículos sobre nosotros en la prensa que nos han hecho cierta publicidad.



Margarida, 23 años, estudiante

Llegué de Brasil a Israel con mi familia cuando tenía 14 años. Sabía que tendría que incorporarme al servicio militar cuando llegara a los 18 o 19 y deseaba hacerlo para sentirme más integrada.

Creía que estaba en deuda con este país. Después de todo lo que nos había dado, quería devolverle algo. Mi madre quiere mucho a Israel. Ella deseaba que sus hijos hicieran el servicio militar. Yo veía y planeaba mi vida de forma muy clara. Pensaba ir al ejército, estudiar y viajar.

Cuando me convocaron por primera vez no tenía ninguna duda. Fue cuando salí del instituto que empecé a cuestionármelo. Primero porque, si me comparaba con mis amigos brasileños, me parecía una pérdida de tiempo. Los veía estudiando y libres. Empecé a sentirme confundida y dividida entre dos formas de pensar. Pedí atrasar mi incorporación.

Me fui a Tailandia durante un mes. Es allí donde la mayoría de israelíes van después del ejército y conocí a algunos. Me sentía relajada, libre. Descubrí otro mundo pero volví todavía más confusa.

Dejé que llegara el momento de la incorporación sin preocuparme especialmente. No quería montar un escándalo y, finalmente, entré al ejército. Había algo que me decía que tenía que hacerlo —que le debía algo a este país—, pero puse una condición: poder volver a mi casa todos los días. Me contestaron: «ya veremos» y me mandaron a una base muy

lejos de mi casa. Sólo podía volver un fin de semana de cada dos.

Me habían prometido cosas, así que esperé, fui paciente. Cuanto más pasaban los días, más me deprimía. Tenía la impresión de estar perdiendo el tiempo. Sabía que estar ahí era importante para mi vida futura en Israel pero, al mismo tiempo, tenía claro que no quería vivir toda mi vida en este país.

En el ejército no se daban cuenta, pero me sentía cada día peor. Y no era la única, otras también se preguntaban cómo salir de ahí. Mi único deseo era que me acercaran a casa. Cuando me dieron el arma, las primeras semanas, no quería ni tocarla, me daba miedo. No quería llevarla conmigo, pero lograron convencerme. Muchas veces hacía guardia y, por suerte, no estaba sola. Pero sabía que si algo pasaba, iba a ser incapaz de apuntar a alguien con el fusil.

34

Un amigo que también estaba haciendo el servicio militar me llamaba de vez en cuando desde los territorios ocupados. Me contaba con orgullo cómo se divertían golpeando y humillando sin motivo a los palestinos. Eso me deprimía todavía más. Sentía que todo lo que estaba haciendo en el ejército no me correspondía. No creo que la violencia sea la solución. Pienso que tenemos que defendernos pero respetando los derechos humanos.

Después me mandaron a una base aún más lejos de casa donde pasé un mes. Estaba furiosa. Les dije que me habían mentido durante tres meses. Me sentía mal conmigo misma porque no había logrado cumplir mi objetivo. Me intentaban calmar diciéndome que debía ser fuerte.

En esa misma situación, y en la misma habitación, coincidimos dos chicas y nos unimos. Durante todo el tiempo que estuvimos allí, no hicimos lo que nos pedían. Hablé con todos los que pude: el sargento, el psiquiatra, el asistente social. El psiquiatra me dijo que la solución no eran las amenazas y me sentó

muy mal. Mi objetivo siempre fue acercarme a casa y, así, empecé a simular enfermedades, hasta cinco veces por semana. El médico me daba pastillas, que yo no me tomaba.

Tuve vacaciones, volví a mi casa y, después de una semana, no quise volver a la base. Los días pasaban y una noche el sargento me llamó. Le expliqué que no volvería si no encontraba una solución para que pudiese estar más cerca de mi familia, y él me contó las mismas mentiras de siempre.

Al día siguiente, por la noche, celebrábamos el cumpleaños de mi madre. El sargento vino a casa a buscarme, intentó convencerme y me amenazó con la cárcel. Me desesperé. Le dije: «Vuelvo contigo a la base, pero te arrepentirás». Me encerré en el cuarto de baño de casa y me tragué sesenta comprimidos. Era una estrategia para que me escucharan, quería llamar la atención. Había buscado información sobre los medicamentos en Internet y pensaba que no corría riesgos.

Me fui con él pero tenía miedo. Cuando llegué a la base, la cabeza me daba vueltas. En mi habitación no había nadie, así que me acosté y empecé a sentir que el corazón me latía muy rápido. Fui a buscar al sargento para que llamara a una ambulancia y me contestó que fuera a ver al médico. Le respondí que me había tragado sesenta comprimidos y me clavó la mirada. Creo que se preguntaba si era o no verdad. Se lo repetí y terminó llamando a una ambulancia.

No recuerdo bien el viaje, sé que desperté en una cama de hospital con un tubo en la nariz, acompañada por una enfermera y dos sargentos que le preguntaban si era cierto que me había tragado algo. La enfermera les contestó aterrada que no estaba haciendo teatro.

El médico me regañó. Me dijo que había arriesgado mi vida por una tontería. Allí estuve tres días. El segundo me entrevistó un psiquiatra civil. Tenía

miedo y me encontraba fatal. Además no quería que me mandaran a un psiquiátrico. Contesté a todas sus preguntas normalmente y me dio un papel que certificaba que estaba sana. Mi madre estaba muy enfadada; había ocurrido todo el día de su cumpleaños. Sólo mi hermano vino a verme al hospital.

Llegué a la base con mi mochila, pero me echaron después de una entrevista con un psiquiatra militar. Fue todo muy rápido, simplemente me dijo: «Si he entendido bien, no quieres hacer el servicio militar». Ni me dio tiempo a contestarle: «Voy a llamar a tu madre». Fui a recuperar mis cosas y ahí me enteré de que me someterían a un juicio militar antes de volver a casa. Me acusaban por dos motivos: haber desertado durante una semana y haber saboteado el patrimonio militar. Es absurdo, pero consideran el intento de suicidio como un delito: el de sabotaje. No podían castigarme porque el psiquiatra militar me había calificado de *no apta* pero tenían que juzgarme.

De un «perfil 97» cuando llegué al ejército, pasé a tener un «perfil 21». Eso significa que determinadas instituciones no me darán trabajo y que no podré emplearme en algunos lugares. Mi sueño era trabajar en el aeropuerto, pero después de esto es imposible. Me parece injusto. Mi compañera de habitación me llamó a la semana siguiente: la habían trasladado cerca de su casa porque temían que actuase como yo. Ahora ya ha acabado el servicio y podrá conseguir empleo en el aeropuerto.

Sin embargo no me arrepiento. He hecho muchas cosas durante todo este tiempo. En Israel, la gente siempre te pregunta donde hiciste el servicio militar. Yo, por lo general, contesto que no quiero hablar de eso. No me da vergüenza, pero tampoco estoy especialmente orgullosa. Y, a veces, me siento discriminada.



Isham Naffa, 39 años, periodista, Haifa

Nací en un pequeño pueblo al norte de Bagan, de padres drusos⁴ y comunistas. Existe una ley de 1957 que obliga a los drusos a hacer el servicio militar. Las grandes familias lo aceptaron, no tenían otra opción. Al fin y al cabo era un acuerdo entre dos élites: los jóvenes no tenían nada que decir.

37

Desde el principio tuve claro que no me incorporaría al servicio porque, como palestino, no podía apoyar la política israelí y también porque Israel niega los derechos de mi pueblo desde 1948. Mi padre también se negó a hacer el servicio militar y yo recibí una educación diferente a la de los demás drusos. Para mí servir en el ejército era un absurdo.

La meta de Israel siempre fue dividir para reinar. El discurso oficial para los drusos siempre ha sido: «Vosotros no sois como los demás árabes, sois como nosotros». Año tras año, la política israelí ha ido funcionando: los jóvenes drusos van al ejército y se les hace creer que son privilegiados por ello, pero su situación social sigue siendo miserable. En el ejército, se encargan de los trabajos más «sucios», especialmente en los puestos de control.

En 1989 recibí una carta de convocatoria. Me presenté y declaré que no haría el servicio. Les explique el porqué, pero no quisieron escuchar ni entender. Por eso me mandaron la orden oficial de incorpo-

4. Los drusos son una minoría religiosa árabe de la región.

ración en noviembre. Como no fui, me juzgaron en un tribunal militar.

Mi primera estadía en prisión duró un mes. Su argumento era que debía estar orgulloso de ser israelí. Les contesté: «No, gracias». Volví a mi pueblo y durante algunos meses me dejaron tranquilo. Pero cuando comenzó la primera *intifada* fui nuevamente juzgado y llevado a prisión. Me condenaron más duramente que a los demás seguramente por ser palestino y porque la situación política estaba especialmente tensa en ese momento.

38 Algunos drusos logran escapar del servicio militar alegando razones religiosas, pero muy pocos dicen oficialmente que se niegan por motivos políticos. Mi caso era un verdadero problema para el Estado. Israel muestra a los drusos como seres leales y yo era un ejemplo de lo contrario. En total, pasé un año y medio en la cárcel.

Fui apoyado por mi familia y por el Partido Comunista, pero también por algunos israelíes y por Amnistía Internacional. No lo hice por interés personal, sí por cuestiones políticas. Para mí fue una de las decisiones más importantes de mi vida.



**Hilla Bar Ilan, 23 años, estudiante de derecho,
Tel Aviv**

La primera vez que fui a una entrevista para el servicio militar tenía 16 años y no estaba segura todavía de si hacerlo o no. Pero mi sensación ese día, fue que yo no tenía nada que ver con esa institución. Y decidí que no.

No me veía en el ejército, pero sentía que debía servir a la sociedad. Deseaba realizar algún servicio civil. Para mis padres representó un problema importante que discutimos muy seriamente. Ellos podían aceptar más fácilmente que yo no quisiera ir al ejército por ser pacifista y no por cuestiones políticas.

Finalmente, declaré ser pacifista y me convocaron a una comisión cuyo objetivo era decidir si yo realmente lo era o no. No hay muchas opciones, o vas a la cárcel o eres considerado *no apta* y te dejan tranquila. Finalmente, mis padres prefirieron apoyarme. Mi padre hasta se prestó a esta comedia impuesta por el ejército, siendo mi testigo en la entrevista frente a la comisión.

Ellos son de centro izquierda y durante el ataque a Gaza discutimos mucho. El hecho de que me negara a hacer el servicio militar, desgraciadamente, no les hizo cambiar de opinión. Creo que en ese momento apoyaron a su hija, pero nada más.

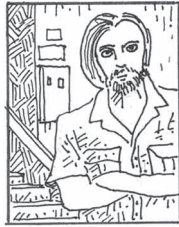
El resto de mi familia y la gente en general me veían como a una joven ingenua o a la oveja negra.

Ese año, en el colegio, fuimos dos las que nos negamos. Algunas chicas mienten para no ir, diciendo que son religiosas. Otros dejan el servicio a la mitad, quizá porque no saben cómo hacer para evitarlo. En mi caso, la organización New Profile —que lucha contra la militarización de la sociedad israelí— me ayudó mucho en los trámites. Envié una carta de rechazo en la cual explicaba mi motivo principal: no creo en las armas. Prefiero el diálogo al conflicto. Pienso que la fuerza es una solución a corto pero no a largo plazo.

Y realizar un servicio civil fue una especie de compensación para mi familia. Si no lo hubiese hecho, habría seguido peleándome con mis padres y, además, me convencí de que debía y quería hacerlo.

40

Pero con ese tema también tuve otros problemas. Hablé con el organismo encargado del servicio civil y, aunque al principio me aceptaron, más tarde me dijeron que se había implementado una nueva política que impedía aceptar a los objetores de conciencia. Escribí una carta a la directora del organismo y el caso se dio a conocer en los medios de comunicación. Al final, me admitieron.



Haggai Matov, 26 años, periodista, Tel Aviv

Cuando tenía 16 años, justo después de la segunda intifada, vino a darnos clase un profesor que por primera vez, nos habló del conflicto de una manera diferente. Ese mismo año participé en una caravana por la paz en Cisjordania en la que ayudamos a reconstruir casas que habían sido destruidas por el ejército. Empecé a ir a los pueblos palestinos por razones humanitarias y políticas.

41

Al principio, tenía miedo de los palestinos por los atentados suicidas. Pero también me daba miedo el ejército. Cuando llevábamos comida, los soldados le pegaban a la gente. Mis amigos me decían que ir allí era una locura. Pero cuanto más iba a los territorios, más me daba cuenta de que no era sólo culpa de los soldados sino de todo el ejército. No quería participar de eso.

En el 2001, el movimiento de los *shministim* (jóvenes *refuzniks*) se hizo muy importante: trescientos simpatizantes firmaron nuestra carta y 25 de nosotros fuimos a la cárcel. Pensábamos que había que utilizar nuestro rechazo al servicio para promover el movimiento en contra de la ocupación.

Nos convertimos en un verdadero problema para el ejército, así que decidieron tomar a algunas personas y darles un castigo ejemplar para asustar a los demás. Se organizó un gran juicio. Los medios hablaron de nosotros; los testigos aparecieron en televisión. En la facultad de derecho, ese juicio

se volvió un ejemplo importante tanto a nivel político como filosófico. Algunos años más tarde, una de las pruebas de bachillerato también hablaba del juicio; se publicó un libro...

En lo personal, pasé dos años en la cárcel y fue muy interesante para mí descubrir el punto de vista de las personas que allí encontré, alejados de los clichés que muestran los medios. Estábamos de acuerdo en que tanto los políticos como la policía son nocivos pero discutíamos sobre la ocupación de los territorios palestinos. Intentaba explicarles mi punto de vista haciendo una analogía entre la celda de la cárcel y la ocupación.

42

Primero me mandaron a la cárcel militar, donde es especialmente difícil hablar de este tipo de cosas. El tiempo libre no existe para el recluso: los guardias lo ocupan con trabajos inútiles y estúpidos. Después, fui a la cárcel civil donde los otros presos eran árabes, rusos, etíopes o sefardíes, y teníamos más tiempo para cocinar, estudiar.

Al principio recibí mucho apoyo con las manifestaciones. Y después, el juicio, el libro y también tres películas sobre el tema. El caso tuvo su impacto y ése era nuestro objetivo. En ese sentido, se puede decir que fue una experiencia positiva. Cinco años más tarde, es fácil decirlo. En aquel momento, los dos años de cárcel fueron muy difíciles.

Hay que entender que muchos de los jóvenes que van a la cárcel por esta razón han ido a manifestaciones contra el muro y han visto al ejército cometer actos especialmente violentos: ha habido cinco muertos este año durante esas manifestaciones. Pero la violencia que se puede palpar en la cárcel no es mucha cosa al lado de la que se da diariamente en los territorios.



Giyora Neumann, 55 años, periodista, Tel Aviv

Tenía 17 años en 1971, cuando fui a la cárcel por haberme negado a hacer el servicio militar y haber afirmado estar en contra de la ocupación de los territorios palestinos. En esa época era militante de Matzpen, un partido político socialista, revolucionario y antisionista. Estábamos en contra de la ocupación desde el principio (1967) y, en mi caso, además de las razones políticas estaban también las cuestiones personales. Décadas atrás, mis padres habían sufrido por otra ocupación... la de Polonia. Era un sentimiento muy fuerte en mi familia. Mis padres me apoyaron aunque tuviesen miedo. Moralmente entendían mi posición. Quizá, desde un punto de vista social —por lo que les decían de su hijo—, sufrieron más que yo.

43

Fui el primero en negarme y no tenía ni idea de lo que me podía pasar. Al principio fuimos cuatro los que tomamos la decisión, pero los otros tuvieron miedo y acabé solo. Por otro lado, en mi organización política el apoyo no era total. El partido defendía oficialmente el derecho a no hacer el servicio militar. Pero, al mismo tiempo, el discurso dominante era que había que incorporarse al ejército para estar al lado de las masas. Los que me apoyaban eran los menos dogmáticos. Ese mismo año hubo una escisión en Matzpen.

Pasé un año en la cárcel militar, desde noviembre de 1971 hasta noviembre de 1972. En esa época los

israelíes estaban muy orgullosos de sí mismos y la cohesión social era muy fuerte. Hoy en día, se pueden hacer más cosas porque la gente no se siente parte integrante de la sociedad con la misma intensidad. En 1971, mi posición era especialmente provocadora y ofensiva. En la prensa, los periodistas me trataban de «cobarde», para ellos mis ideas eran simplemente «estúpidas».

La cárcel no representó un trauma porque fue mi elección. Si hubiera dicho: «Pido disculpas, me equivoqué», habría salido inmediatamente.

44

Para el ejército, me convertí en un verdadero problema. Tenían miedo del efecto dominó. Intentaron convencerme de que cambiara de actitud por muchos medios. Los generales me presionaron y algunos incluso vinieron a verme a la cárcel. Utilizaban la sensibilidad de izquierdas como argumento principal: «Necesitamos gente como tú en el ejército, si no dejaremos la institución en manos de la extrema derecha». Intentaban convencerme de que estábamos del mismo lado. En las altas esferas, Moshe Dayan, el Ministro de Defensa, no sabía qué hacer conmigo.

Parece ser que para ellos yo era un elemento muy peligroso puesto que fue Golda Meir, la Primera Ministra, la que decidió encarcelarme.

Y es cierto que mi posición en esa época provocó un intenso debate en la izquierda israelí. Eso fue lo realmente interesante. En 1972, las consecuencias no se hicieron esperar: algunos reservistas se negaron a ir a los territorios ocupados. Después, un número creciente de israelíes sionistas de izquierda moderada declaraban querer hacer el servicio pero sin cruzar la línea verde —la frontera con Palestina—. Sólo a partir de 1994 algunos israelíes se negaron de nuevo en rotundo a incorporarse.

En la cárcel, me encontré por primera vez en mi vida con personas muy pobres. Así tuve la posibilidad de ver la sociedad israelí desde abajo.

Hoy no me arrepiento de nada. ¡Creo que fue el acto de mi vida que ha tenido más sentido!

Después estudié, trabajé como periodista para una revista de oposición en la cual podían escribir disidentes de todo tipo y nunca tuve problemas para encontrar trabajo porque nunca intenté trabajar dentro del *establishment*.



Gal, 19 años, Haifa

46 Me acuerdo de ver por televisión y en la prensa a los *refuzniks* que iban a la cárcel por no hacer el servicio militar. Tenía 13 años y me parecían repugnantes, no podía entender por qué eran tan *hippies*. Era de derechas y muy religioso. Los atentados suicidas de los años 2002 y 2003 me habían marcado.

Dos años más tarde, escuché hablar de la historia de los palestinos, empecé a leer sobre el tema y me di cuenta de lo ignorante que había sido. Cuando abrí los ojos, pensé que todo era posible y que todo el mundo debería rechazar el servicio militar e ir a la cárcel. Estaba convencido de que me negaría y pasaría por prisión. Pensé que si se lo decía a mi abuela, de derechas, me echaría de casa y la odié por ello. Tuve muchas discusiones con mi padre que me decía que no tenía elección, que debía incorporarme, pero que ahora afirma estar muy contento de mi decisión. Pienso que lo más difícil para él fue justificarse en aquel momento por lo que hacía su hijo. Si yo hubiera sido «normal» debería haber entrado al ejército. Finalmente, sobre todo para mi familia, decidí simular y declararme *no apto* por problemas psicológicos.

En Israel, por lo general, los chicos son especialmente patriotas justo antes de empezar el servicio. Mi decisión provoca discusiones a menudo y a veces me es difícil explicar mis razones. Pero siempre terminan entendiendo.

Hoy en día pienso que ir a cárcel es una manera eficaz de que se hable públicamente del problema de la ocupación, pero no pienso que sea la más eficiente. Estoy convencido de que el rechazo desde el seno mismo del ejército es una herramienta mucho más potente. Un ejemplo de ello fueron los 27 pilotos que, en 2003, se negaron a bombardear a civiles palestinos. Esa acción hizo reflexionar mucha gente.



Efi, 18 años, Tel Aviv

48

Decidí que no me incorporaría al servicio hace dos años. En Israel, nos hacen creer desde niños que el ejército nos protege. Una experiencia importante me hizo entender que no era así. Fui a Bilín, en Cisjordania, donde vi a manifestantes pacifistas defender sus tierras. Vi a los soldados dispararles y eso me impactó. Cuando uno crece en Israel, cuando uno es joven, es casi imposible enterarte de ese tipo de cosas. Yo empecé a entender cuando me informé sobre el anarquismo y la ocupación de los territorios. Me di cuenta rápidamente de lo que los palestinos tenían que vivir cada día. Les roban la tierra, son detenidos por nada tanto en los puestos de control como en sus pueblos.

En mi primera entrevista militar, me mandaron al psicólogo pero le hablé normalmente y no me declaró *no apto*.

Mis padres, sionistas, me dijeron que me obligarían a hacer el servicio militar. Ahora amenazan con echarme de casa si no lo hago. De todas maneras, no pueden decidir por mí. Para mi padre, es realmente un problema ideológico. Él y sus hermanos creen en el ejército con firmeza. Mi madre tiene miedo por mí y no entiende por qué quiero ser diferente a los demás.

Mucha gente me pregunta si no tengo miedo de sufrir en la cárcel. Les contesto que mi sufrimiento no es nada comparado con el que tienen que sopor-

tar los palestinos diariamente. Es mucho más fácil vivir en la cárcel que en Palestina. Decidí rechazar el servicio militar para dar a todos los israelíes un mensaje: la ocupación es mala.

Mientras en Tel Aviv se divierten, no tienen ni idea de lo que pasa a treinta kilómetros. Decidí ir a la cárcel porque no es siendo declarado *incapacitado* que podré transmitir este mensaje.



Daniel Rosemberg, 24 años, estudiante de ciencias políticas, Haifa

50

Mi posición en cuanto a la política israelí en los territorios palestinos ya era crítica en el 2001; estaba involucrado en el movimiento por la paz. Como socialista, no quería ir al ejército porque estaba, y sigo estando, en contra del imperialismo.

En la sociedad israelí, la guerra siempre ha sido sinónimo de injusticia social. Cualquier problema social importante pasa a un segundo plano en el debate público si el Estado decide que el ejército debe atacar el Líbano o Gaza.

Sabía que no iba a hacer el servicio militar y tuve la suerte de que mi familia me apoyó. La cuestión era decidir cómo iba a encararlo. Sabía que podía ir a la cárcel declarando que estaba en contra de la ocupación de los territorios, pero conocía a gente que lo había hecho y pensaba que era una experiencia muy difícil. Podía decir que era pacifista y ser entrevistado por una comisión, pero eso significaba despolitizar mi discurso. Me hubiera gustado tener la opción de realizar un servicio civil pero sólo existe para las mujeres y los árabes israelíes. Mi familia estaba a favor de una tercera alternativa que era que me declarasen *no apto* por problemas psicológicos. No querían un drama para su único hijo y, finalmente, es por lo que opté. Mis amigos me apoyaron. Todo fue bien excepto que no pude expresar públicamente lo que pensaba del ejército.



Ben, 27 años, periodista y empleado del mayor videoclub de Tel Aviv

En 1988, mi padre —que estaba en el movimiento «Paz ahora» y se negaba a ir a Gaza como soldado— pasó cuarenta días en la cárcel. Yo todavía era muy joven cuando fui con mi madre a una manifestación para apoyarle.

Más adelante, mi hermano mayor se incorporó al servicio militar. No me gustaba verlo llegar con un arma cuando venía de permiso. En esa época mi ideario político no estaba muy claro, vivíamos lejos de Tel Aviv y no tenía mucho acceso a la información. Mi única referencia era mi padre. Cuando se suponía que debía entrar al ejército, preferí no hablarlo con él. En la primera entrevista decidí que no iría. Para mí, en esa época, el ejército me robaba la libertad y me obligaba a entrar en un sistema jerarquizado. Además, también tenía cierta idea de lo que había hecho el ejército en los territorios. No podía imaginarme implicándome en algo así.

Mi padre me apoyaba, pero mi madre no. Para ella era difícil, porque la gente criticaba mi actitud. En esa pequeña ciudad todo el mundo hacía el servicio militar pero yo pensaba que era mi problema y que era yo quien debía tomar la decisión. Efectué todos los trámites solo: pedí ver al oficial encargado de los problemas de salud mental y le expliqué que no deseaba hacer el servicio militar y que no quería llevar armas. Y añadí que si me obligaban a llevar una la

utilizaría en contra de mis superiores. Me hicieron pasar las pruebas y fui declarado *no apto* por problemas mentales. Me amenazaron con que me sería difícil estudiar y encontrar un trabajo, pero era falso.

En esa época, en el pueblo donde crecí, mucha gente habló mal de mí. Ahora, pienso que tomé la mejor decisión, la que salió de mi corazón, basada simplemente en el sentimiento de no querer formar parte de un sistema violento. Nadie jamás en la escuela me había hablado de esa posibilidad.

Cuando uno hace este tipo de elección, la sociedad lo trata como a un marginal, un inadaptado. Lo sufro menos ahora porque vivo en Tel Aviv, una ciudad grande y también porque estoy rodeado de personas que piensan como yo. Pero si salgo de ese círculo, lo noto inmediatamente. El ejército es muy importante en esta sociedad. En la época en que debería haberme integrado al ejército no conocía al movimiento de los *refuzniks*. Hace diez años Internet no estaba tan desarrollada y era complicado obtener información sobre las alternativas. Hoy los apoyo pero, personalmente, no iría a la cárcel porque pienso que debemos contribuir al combate en contra de la ocupación siendo activos. Es cierto que el hecho de que te manden a la cárcel contribuye a un debate público que es positivo. Pero somos muy pocos los que nos oponemos a la ocupación de los territorios. Creo que lo más importante es utilizar el privilegio que tenemos —en comparación con los palestinos— para manifestar nuestro desacuerdo con la política de Israel. Cuando uno es israelí y es detenido durante una manifestación, el encierro dura solamente unas horas. A los palestinos, por lo mismo, los mantienen reclusos durante varios meses.



Tal Sela, 32 años, profesor, Tel Aviv

A los 19 años, entré en una unidad privilegiada del ejército, la de submarinismo. Para esa especialización había que tomar clases y por eso debía quedarme un año y medio más de lo normal, pero representaba un gran honor para mí. La sociedad en general —padres y amigos— te animan en ese sentido.

53

En esa época, 1997, Israel estaba en guerra con el Líbano y muchos soldados morían en el frente. El 5 de setiembre de ese año doce soldados israelíes murieron después de la explosión de una importante carga que ellos mismos transportaban. Y todavía hoy no se sabe lo que pasó exactamente. Mi unidad fue enviada en helicóptero hasta allí para buscar los cuerpos. Hoy me doy cuenta de que aquella experiencia cambió mi punto de vista. Me quedé traumatizado por el horror que presencié. Fui a ver a un psicólogo que me diagnosticó síndrome postraumático. Un amigo que formaba parte de mi unidad se volvió loco. Me encontré en esa situación, yo que siempre pensé que quería a la gente y a la vida...

Después me reintegré a la vida civil. Y cuando el ejército me convoca a la reserva, siempre contesto que lo intenten más adelante, que estoy estudiando. Para ellos eso no representa un problema porque mi unidad es pequeña y prestigiosa; es fácil encontrar voluntarios. Los demás están contentos de incorporarse nuevamente y hacer deporte, alejarse de sus familias o reencontrarse con viejos amigos.

Un día visitó Israel un amigo belga con un fotógrafo. Hicieron un reportaje sobre los niños palestinos que sufren de síndrome postraumático. Vi las fotos... y pensé que era increíble que tuviera que viajar alguien de tan lejos para que yo entendiese lo que ocurría a veinte minutos de mi casa. Desde entonces colaboro con las mujeres de negro⁵, vigilando los puestos de control. En la actualidad estoy involucrado en la asociación Combatientes para la paz.

5. Pequeño grupo de mujeres que salieron a la calle para protestar contra la ocupación israelí de los territorios palestinos. Entre otras cosas van a regularmente a los *checkpoints* para intentar evitar maltratos contra los palestinos.[N. del E.]



Avner Wishnitzer, 31 años, historiador, Jerusalén

Crecí en un *kibutz*, en una familia sionista de izquierdas en la que todos los hombres están en el ejército. A los 18 años me integré con confianza, pensaba que éramos los buenos, a pesar de que sabía que a veces cometíamos errores. Para mí era importante defender a nuestro país y, además, estaba en una unidad prestigiosa: *Sayeret Matkal*, las Fuerzas Especiales.

55

Participé en el ejército entre 1994 y 1998, una época tranquila. El inicio de la segunda *intifada*, como a muchos otros, me sorprendió. No entendía de dónde venía el descontento, pero intuía que seguramente había buenas razones; y sentí que la respuesta israelí no era correcta. Sin embargo seguía cumpliendo con el servicio militar como reservista una vez al año.

En ese momento empecé a entender lo que ocurría en los territorios ocupados. Nunca había estado allí. Por aquellos años estudiaba en la universidad y un profesor de francés nos pasó la película *Monsieur Klein* de Joseph Losey. Durante la ocupación alemana en Francia, Alain Delon actúa como un individualista que ve a sus vecinos desaparecer y sigue su vida como si no pasara nada. Empecé a preguntarme si yo era igual.

Fui a los territorios ocupados con otros activistas y ahí vi por primera vez cómo vivían los palestinos y cuál era la actitud del ejército. Era inaceptable. En

realidad, hoy el ejército no protege más a Israel sino que defiende un proyecto colonial. Poco a poco empecé a sospechar y a pensar que nos mentían. No me sentía identificado con el ejército. Y, finalmente, envié una carta con otros trece soldados para rechazar nuestra incorporación a la reserva.

56 Cuando la carta se publicó en un periódico se habló mucho del caso. Como formábamos parte de una unidad especial nuestro rechazo se convirtió en un verdadero evento, los medios del mundo entero querían entrevistarnos. No teníamos ni idea de cómo contestarles. ¡Nos daban más miedo que el ejército! Recuerdo haber participado en un programa de televisión con un periodista muy hostil y no fue nada fácil. Pero hicimos lo que pudimos. Algunos de nosotros acabaron en la cárcel. Y nuestra acción tuvo repercusiones en diferentes ámbitos. Ejercimos influencia en la política de Sharon y creo que también fue uno de los factores que obligó a Israel a retirarse de Gaza.

Después de aquello, me pregunté qué podía hacer y me uní a la asociación Combatientes para la paz que trabaja con palestinos que piensan como nosotros y que no quieren la guerra. Siempre me he considerado un buen patriota, en definitiva quiero lo mejor para nuestro país.



Gai Elhanan, 29 años, dramaturgo, Tel Aviv

Un servicio militar de tres años deja marcas. Cuando me llegó la carta del ejército estaba en un instituto especializado en arte. Mucha gente encontraba alguna manera de no hacer el servicio, muchas veces siendo considerada *no apta* por razones psicológicas. Nadie hubiera podido reprocharme el hacer lo mismo, pero me parecía una actitud egoísta. Además tenía miedo porque los rumores decían que si uno era declarado *no apto*, era imposible conseguir el carné de conducir y entrar en determinadas universidades.

57

Yo miraba a mi hermano que había ido al ejército como voluntario, y que a partir de los 16 años recibía entrenamiento intensivo para ser combatiente, y eso me daba asco. Pero para mí no había alternativa, ésa era la ley. Cuando me convocaron les dije que me enviaran adonde quisieran y me destinaron al cuerpo blindado como artillero. Era un papel prestigioso que me habían reservado porque vengo de una familia blanca y de origen europeo. Al mes de haberme integrado al servicio militar, mi hermana pequeña fue asesinada en un atentado en Jerusalén. Me hice muchas preguntas que la administración se preocupó de responder muy rápido: entré en el programa para familias de luto. Firmé un papel para ser voluntario y seguir en el servicio militar, pero mi madre también debía firmar. Ella, de izquierdas y bastante radical, sin embargo, hizo declaraciones

en los diarios en que afirmaba que era Netanyahu quien había matado a su hija.

De todos modos, acabé convenciéndola de que firmara. Y lo hizo, pero después se fue a Inglaterra. Mi familia se desintegró. Quedarme en el ejército me permitió protegerme de una gran depresión. Mi nuevo estatuto de «familiar en luto» me obligaba a volver a casa una vez por semana. Pero, sobre todo, me negaba la condición de artillero. Me convertí en conductor de camiones, pero en realidad no hacía nada. Me aburría, me deprimía. Pedí varias veces que me dejaran ver a un psicólogo para que me declarara *no apto*, pero siempre me convencían de que me quedara.

58 Tras un año y cuatro meses el comandante me informó de que mi madre había anulado su firma. Pero como mi abuelo era muy famoso en el ejército, fui convocado al Ministerio de Defensa. Uno de sus amigos me ofreció tres opciones: podía convertirme en oficial, ser mecánico o trabajar en la fábrica. Elegí lo primero, pero renuncié después del primer día porque los otros alumnos eran agresivos conmigo: esa vieja historia entre sefardíes y askenazíes...

Finalmente me enviaron a un campo militar en Jerusalén donde se hacían experimentos con nuevos tipos de tanques. Las primeras semanas allí me enteré de que varios de mis amigos habían sufrido heridas graves en el frente libanés. Me sentí muy mal. Durante seis meses hice mi trabajo, pero no hablaba con nadie. Y después me volví muy amigo de los que llamaban «negros» —judíos que vienen de los países árabes—. Ahí fue donde las cosas empezaron a cambiar realmente. Me encontré debajo de la escala social. Y como venía de arriba, conseguí una visión global. Me convertí un poco en «representante» de esa gente y ellos me enseñaron a ver los fallos del sistema.

Estaba a punto de terminar el servicio militar cuando encontré un anuncio para trabajar en un campo de vacaciones para niños judíos en Estados Unidos. Allá fui y estuve bastante tiempo subsistiendo con pequeños trabajos y viajando un poco por todas partes. Después de esas experiencias mi idea de lo que era el Estado cambió por completo. No pensaba volver a Israel.

Viajé a Francia, aprendí árabe y trabajé durante seis meses con el MRAP (Movimiento contra el racismo y por la amistad entre los pueblos). Los refugiados venían a verme y yo sentía una empatía especial hacia los palestinos. Ahí me convertí en *refuznik*. Tomé la decisión de reivindicarlo, de convertirme en «misionero» de esta causa. En esa época también empecé a hacer teatro para compartir mi historia: no soy un simple israelí que hizo el servicio militar. Montamos un grupo de cuentacuentos en Francia entre dos israelíes y dos palestinos. Y así entendí que lo que explicábamos tenía un valor y que debía contarlo en Israel. Tras siete años volví para hacer actividades interculturales. Al volver hice todo correctamente: informé al ejército de mi regreso, pero nunca me llamaron para la reserva.



**Kobi, 36 años, investigador de matemáticas,
Haifa**

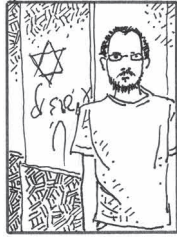
60

Decidí que no iría al ejército cuando tenía 12 años. Mis razones eran más individuales que políticas. De niño siempre me sentí excluido, sin derechos. Y no me sentía obligado a servir a una sociedad de la cual no me sentía miembro. Estaba convencido, además, de que si un día me acababa integrando a esta sociedad, tendría que hacer el servicio militar. Por eso mi idea era irme del país. Y así lo hice: a los 19 años me fui a vivir a Canadá.

La primera vez que me convocaron, con 16 años, declaré que era homosexual, depresivo y desequilibrado. No sé si me creyeron, pero me pareció que querían evitarse problemas; hay suicidios bastante a menudo y eso no da una buena imagen.

Por otro lado, para viajar por lo general hay que pedir permiso al ejército. Si te declaran *no apto* tienen más posibilidades de irte. Finalmente me inhabilitaron por razones psicológicas.

Hay que entender que en aquella época era totalmente normal ir al ejército después del instituto. Para mucha gente escapar a eso era algo imposible. Había muchos rumores: «Si no haces el servicio no podrás trabajar, no podrás obtener el carné de conducir»... Hoy es diferente, hay muchos jóvenes que encuentran excusas para no ir al ejército si quieren seguir estudiando: una enfermedad, una boda... Mucha gente que viene de familias ricas no hace el servicio militar. Es más complicado para los pobres porque es cierto que, por ejemplo, no se consigue trabajo de vigilante si no has hecho el servicio militar.



Álex, 21 años, empleado de un sala cinematográfica, Tel Aviv

Fue muy difícil para mí decidir, al principio. Me encontraba con la disyuntiva: defender a mi país, aislado en su región o rechazar la política de ocupación del territorio palestino. Opté por la segunda y fui cinco meses a la cárcel militar por desobediencia.

61

En Israel, nos convocan al ejército por primera vez cuando tenemos 16 años. Yo no defendía la guerra y tampoco estaba de acuerdo con la política del gobierno. Pensaba que había que defender el país, pero estaba a favor de una solución diplomática. A los 17 años fui a los territorios ocupados para ayudar a los palestinos a recoger aceitunas. Fue una experiencia impactante. Un día los colonos nos robaron toda la cosecha del día con el argumento de que todo lo que crece en la tierra de Israel es de los judíos. Y no hay una instancia judicial para este tipo de problemas. Así entendí que el argumento de seguridad nacional para ocupar Palestina era mentira.

Cuando decidí no integrarme al ejército, quise que mi decisión fuera tomada como una opción política. Debía hacerla pública y para eso tenía que ir a cárcel. Ese año siete *shministim* escribimos una carta en la cual afirmábamos nuestro rechazo a la ocupación porque es fuente de opresión para el pueblo palestino. Esa carta fue publicada y recibió 250 firmas de personas que nos apoyaban. Judicialmente fuimos considerados soldados que rechazaban una orden.

En un período de dos años pasé un total de cinco meses en la cárcel. Cada vez que salía me ordenaban volver a mi unidad, me negaba y me mandaban a la cárcel de nuevo. La primera vez estaba muy asustado: la primera noche no dormí, pero te acabas acostumbrando. Al final fui oficialmente considerado *no apto* por problemas de salud. Fueron ellos mismos quienes me propusieron esta solución. Querían deshacerse del problema que representábamos.